

VISPERAS DEL PROCESO DEL SIGLO

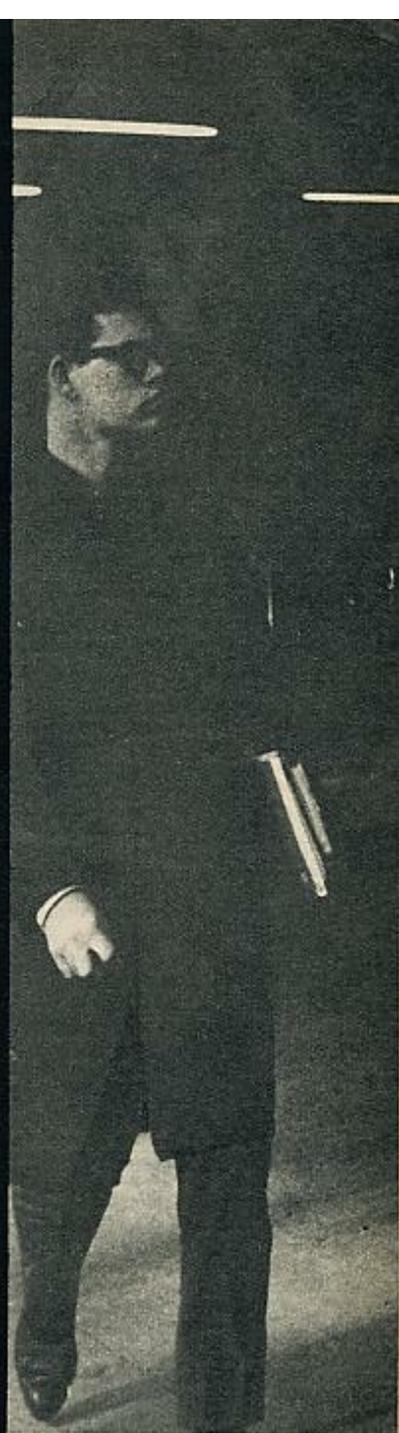
DALLAS story

(El misterio de la muerte de Kennedy)



Deseoso de acercarse lo más posible a la verdad de los hechos, el periodista francés Alain Ayache ha realizado en Dallas una exhaustiva encuesta acerca del asesinato del Presidente Kennedy, llegando a la conclusión, entre otras, de que la versión de la policía de la capital tejana no se ajusta a lo sucedido el 22 de noviembre. Ayache ha observado detenidamente el escenario de la tragedia, ha conversado con los principales testigos, ha visitado la cárcel de Ruby y su «boite» el «Carousel», ha conocido a la madre de Oswald... En esta última parte nos refiere sus experiencias finales y una recapitulación de sus conclusiones.

El «Carousel», la máxima atracción del «Dallas by night», presenta todas las noches un espectáculo que quiere parecerse a los «strip-tease» de Pigallo, sin conseguirlo. Joy Dall, alias «La Volcánica», aparece vestida como una danzarina del desierto. Abajo les ofrecemos tres imágenes de «Little Lyn», otra de las bailarinas, al iniciar su intervención.





3 EL MERCADO DE LOS TESTIGOS

EL «Carrusel» se ha convertido en la atracción número uno de Dallas. Quien dice «Dallas by night» piensa automáticamente en el cabaret de Jack Ruby. Los tejanos ricos entran en el local con una botella de whisky en el bolsillo. Las «alternadoras» se cuidan de sacarles, muy hábilmente, hasta el último centavo.

El «Carrusel» es un club privado. A través de un espejo convenientemente colocado, la recepcionista —Marjorie, una chica de

Miami— elige los clientes. Aunque en principio resulte usted rechazado, puede aún tener oportunidad de entrar si sabe agitar unas monedas y está dispuesto a desprenderse de ellas.

Entro. Marjorie me recibe vestida con pantalones. Acto seguido, me registra a fondo, dejando resbalar su mano por todos los bolsillos quizá durante algo más del tiempo debido. Quiere saber si llevo encima un «colt» o un puñal. Si lo llevase me lo retiraría y lo depositaría en el guardarropa, junto con el abrigo. Me dice **SIGUE**

DALLAS story

**en el reino
del strip-tease sólo
se vende agua**



**dos dólares por
un vaso de soda
en el "carrusel":
los clientes
ponen el whisky**



**cada noche,
el espectáculo del
famoso cabaret
tejano termina
con una oración:
"y ahora, amigos,
pensemos
en ruby, el héroe
de dallas"**

que la «operación-registro» es una idea de Ruby; me figuro que para ambientar previamente al cliente. Una vez cobrado el derecho de entrada, me conduce hasta una mesa, ya ocupada por varias personas. Inmediatamente me sirven un vaso de soda, única bebida que la casa está autorizada a vender.

El espectáculo quiere —inútilmente— parecerse al de cualquier «boite» de Pigalle. Es de un mal gusto repugnante. Joy Dall, alias «La Volcánica», hace «strip-tease». Aparece vestida como una danzarina del desierto y acaba como ustedes pueden imaginarse. Se apaga la luz y de la mesa de preferencia, ocupada por un grupo de millonarios tejanos, se alza un grito agudo. Se enciende la luz: Joy ha mordido fuertemente la nariz de uno de los potentados.

Todos beben precipitadamente, sacando sin disimulo la botella del bolsillo. Hay aplausos y silbidos y Joy se tapa los ojos con la mano.

—Es para no avergonzarme de la excitación que he producido —me diría después.

otro invento de ruby

Tras la barra vigila un barman negro. Es un hombre corpulento que tiene como principal misión dar su merecido a cuantos clientes se pongan pesados con las «vedettes» del espectáculo. Alguien me dice que se trata de otra invención del imaginativo Ruby, quien confesó un día a una de sus «girls»:

—Los hombres que asisten a una escena de «strip-tease» son también aficionados a recibir palizas.

La atmósfera está cargada. Un olor espeso, de humo y alcohol, de patatas fritas y copos de maíz, invita a salir a la calle. Las «alternadoras» no olvidan sus deberes. Van de mesa en mesa, repartiendo caricias a diestro y siniestro, y, «de paso», renovando la consumición. Cada vez, un vaso de soda. Cada vez, dos dólares que vuelan.

El negocio marcha bien estos días. Dispone de una publicidad insospechada hace dos meses. Entre su diaria clientela figuran, sobre todo, periodistas procedentes de los más diversos países. ¿Qué buscan aquí? Un dato inédito, un nuevo testimonio, una luz que ilumine el inmediato pasado, un recuerdo...

Pero los datos, los testimonios, los recuerdos,

se fabrican a la medida. A la medida del monedero de cada periodista.

como en un mercado

Aquí, todo se vende a precio de oro. ¿Quiere el periodista un Ruby simpático? Por cincuenta dólares puede encontrar una chica que adorne a Ruby de las mejores cualidades. ¿Quiere, por el contrario, un Ruby bandido y «mal muchacho»? Esto es mucho más caro: le costará, por lo menos, 2.500 dólares.

Pero en «Carrusel», el concierto pro-Ruby es conmovedor:

—Ruby donaba su sangre con frecuencia.

—A mí me mandó flores al hospital cuando estuve enferma.

—Es un verdadero padre para mi hijo. —Y quizá no miente.

Todas entonan, a coro, increíbles elogios.

Desde hace unas noches, varios hombres barren la asistencia con la mirada, creando con su presencia un clima de angustia. Son los agentes del F. B. I.

Desde que Ruby está en la cárcel, regenta el local su amigo Georges Senator. También él llora cuando se le habla del asesinato de Oswald.

—¡Qué buen chico es...! Ya sabe usted, la pasión por la justicia... el amor a los Estados Unidos. Es un hombre religioso y practicante, siempre con el corazón en la mano.

No hay forma de obtener de él otras declaraciones. Un «no comment» seco nos cierra inevitablemente el paso.

Segundo número del espectáculo. Más «strip-tease». Esta vez le toca a «Little Lyn». Nueva vuelta de las «alternadoras». Nueva copa de soda.

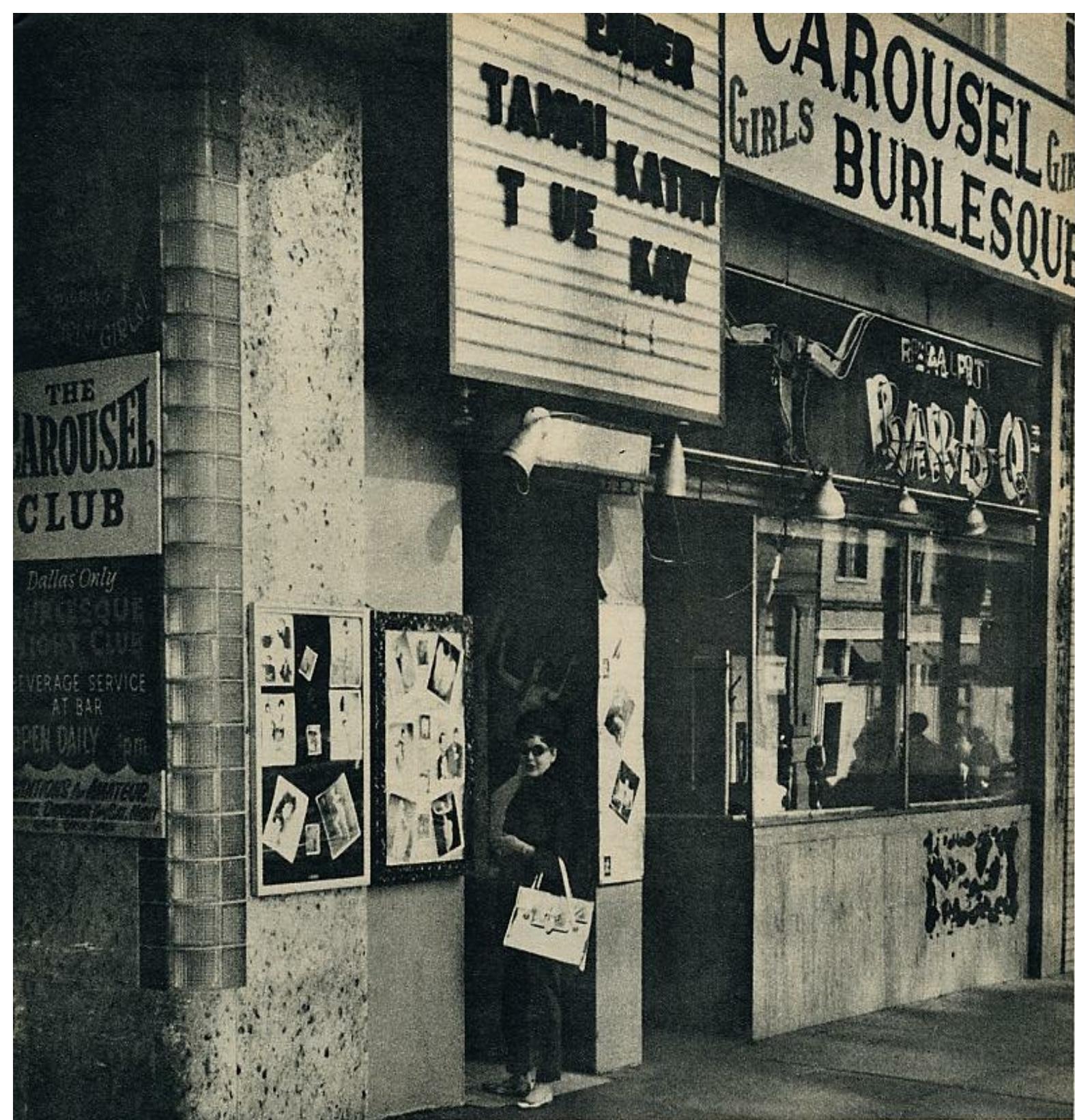
Las finanzas del cabaret están a cargo de Jim Martin, un viejo amigo de Ruby. Y no hay duda de que marchan bien. El «Carrusel» constituye una etapa turística de tanta importancia como el «Memorial Kennedy». Una etapa cara. Me he gastado durante mi estancia 150 dólares en vasos de soda.

Al final del espectáculo, las chicas firman autógrafos sobre el cuello de las camisas de varios turistas, sobre un pañuelo o, sencillamente, sobre un programa. A cuatro dólares la firma. El dólar es en Dallas único rey.

Y luego podemos conocer otro mercado: el de las fotografías. La foto de Ruby con uno de sus

Ruby, abajo a la derecha, conversa con Melvin Bellini, uno de los abogados del equipo de Howard, en su primera salida para solicitar del juez la libertad bajo fianza, solicitud que luego sería retrada. A la izquierda, su amigo Jim Martin, a cuyo cargo se encuentra actualmente la dirección económica del «Carrusel».





Marjorie —una chica de Miami— es la recepcionista de la «boite» de Ruby. Ella misma elige a los clientes observando a través de un espejo a cuantos pretenden entrar; luego les registra minuciosamente, retirándoles las armas que llevan encima. Esta operación de registro se prolonga algo más del tiempo debido.

muchos amigos se ha vendido ante mí a 1.500 dólares. Y una foto de un agente de policía con Ruby, en la barra del «Carrusel», a 3.000 dólares.

Pero este mercado improvisado es bastante menos escandaloso que el de la información.

el héroe de dallas

Después del espectáculo pude conocer personalmente a varias de las chicas que actúan. Por ejemplo, a Joy Dall, la amiga de Ruby. Tom

Howard me había prometido presentármela. Pero como no me gustan las declaraciones teledirigidas —con ellas sólo podría escribir un libro piadoso—, decidí ver a Joy antes de que el abogado la previniera.

La encuentro en su camerino, en medio de un desorden indescriptible, en una atmósfera saturada de perfume de mujer fatal.

En la habitación dormita una de las actrices, Felicia, y se viste «Little Lyn». Todas están cansadas, deshechas. Joy, ante el espejo, se desmaquilla.

Sin pedírselo, la Dall me muestra una carta de Ruby, que acaba de recibir. Joy está sinceramente apenada. No esperaba que su amigo se convirtiera de la noche a la mañana en un vulgar asesino. La carta, muy breve, dice así: «Valor; es difícil. Pienso en ti. Espérame».

Pero la Dall no me cuenta nada nuevo. Los argumentos sentimentales de siempre. Y se va en seguida con Senator.

Vuelvo a la sala. El presentador, un individuo seco y espigado, trata de cerrar el espectáculo lo más animadamente posible. **SIGUE**



La señora Tippit, viuda del agente de policía supuestamente asesinado por Oswald, se ha convertido en la segunda heroína nacional. Sin embargo, aparte de no estar demostrada la versión de la policía, aparece muy extraña y confusa la actuación de Tippit inmediatamente después de la tragedia.

—¡Y ahora, amigos —grita—, pensemos en Ruby, el héroe de Dallas!

Lo ha dicho en serio, entre dos redobles de tambor, y el público se queda desconcertado: no sabe si reírse, llorar, aplaudir u observar un minuto de silencio. Por último, opta por reír francamente, lo que prueba que en Dallas no falta el sentido del humor.

Me entero, por un tejano parlanchín —milagro del alcohol—, de que hace unos meses los negocios de Ruby marchaban mal. El otro caba-

ret, el «Vegas Club», regentado por su hermana «La Llorona», está cerrado desde el «accidente», como se llama aquí públicamente el magnicidio de noviembre. Pero el «accidente» ha llegado muy oportunamente y el «Carrusel» conoce una época de esplendor. Antes sólo lo frecuentaban los policías —y se sospecha, con muy fundamentadas razones, que Ruby trabajaba como confidente—. Ahora, aparte de los millonarios de la ciudad, se dan cita en el local periodistas de todo el mundo y algunos turistas.

Son muy pocas las informaciones útiles que uno puede extraer en este ambiente enrarecido. Lo más que uno logra averiguar es que a Ruby le gustaban las corbatas rayadas, que tomaba de vez en cuando una copa, que estaba siempre rodeado de mujeres guapas... En cuanto a lo que puede conseguirse por medio de una observación directa, es mínimo, aparte de la comprobación del mal gusto que caracteriza al «strip-tease» del «Carrusel», y de la capacidad de las chicas de Ruby para desnudarse y vestirse ante el público con inusitada rapidez.

¿dónde está marina oswald?

Abundan en Dallas los testigos, principales o secundarios, que juran decir la verdad, toda la verdad... Pero algunos de ellos ya han tenido que ceder ante la gigantesca dimensión que han ido cobrando los hechos; al ampliar sus declaraciones han llegado a un punto en que falsean el planteamiento inicial. Los periodistas nos hemos visto obligados a repartir dinero aquí y allá, a cambio, generalmente, de informaciones contradictorias, de dudosa verosimilitud.

La mayor parte de los testigos esenciales del drama permanecen, sin embargo, inaccesibles. Por más esfuerzos que desplegué en todas las direcciones no pude hallar a Marina Oswald. Su testimonio ante la policía ha sido, desde los primeros momentos, contrario a su marido.

—Le he visto —dijo— entretenerse con su fusil y esto dio lugar a varias discusiones entre nosotros.

El agente Mac Donald detuvo a Oswald en el Texas Theater. Según su declaración, fue golpeado por Lee. Pero lo cierto es que la foto, tomada poco después, no nos muestra en su rostro ninguna traza de golpes.



El «Memorial Kennedy», donde el Presidente fue asesinado.

Pero desde entonces no se ha vuelto a ver en Dallas a Marina Oswald. ¿Dónde la guarda el F. B. I.? ¿Por qué la ha sustraído a la atención general?

He conseguido comprobar que Marina y Lee ya no se llevaban bien, aunque él fuera, alguna vez, a visitarla a Irving, a pocos kilómetros de Dallas. ¿Es posible que se presentara ante ella, si pensaba disparar contra el Presidente, con un fusil en la mano? Tal insensatez se contradice

DALLAS story



IN PRAYERFUL MEMORY OF
OUR BELOVED PRESIDENT
JOHN FITZGERALD KENNEDY
MEN OF ST BERNARD'S CHURCH

se halla siempre cubierto de flores. Abajo, Johnny Brewer, en cuya zapatería estuvo Oswald antes de entrar en el cine.

con la imagen de «Oswald-asesino» que han querido presentarnos, del hombre frío e inteligente, que aguarda, agazapado en su cuarto, la llegada del coche presidencial. ¿Teme acaso el F. B. I. que Marina Oswald hable «más de la cuenta»?

juliet postin: 500 dólares

No me ha resultado difícil encontrar a Juliet Postin, la taquillera del Texas Theater, mujer de

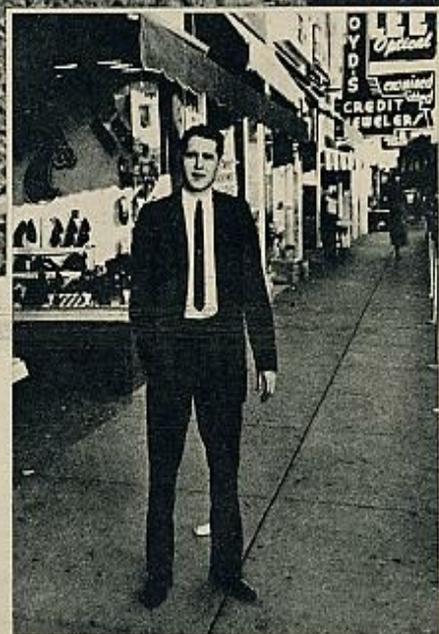
mirada turbia, además jactancioso y aspecto tantero.

Lo primero que hago, al dar con ella, es disparar mi máquina fotográfica. Y no he cometido ningún error, porque antes de saludarla, me grita:

—A mí no se me fotografía así como así. Tiene usted que darme quinientos dólares.

Llego a un arreglo con ella. Le daré la película. Naturalmente, no la película impresionada —aunque ella se lo crea— sino otra, abso-

SIGUE



DALLAS story

Se cree que el ex general Walker escribió un ataque contra Kennedy, aparecido bajo seudónimo en el "Dallas Morning News", el día del asesinato.

lutamente virgen. En Dallas hay que utilizar los métodos de Dallas, por poco ortodoxos que parezcan.

Iniciamos, entonces, un diálogo desconcertante.

—¿Sabe jugar al poker? —me pregunta.

—Claro que sí.

—Pues si quiere que le cuente algo, tiene usted que pagar. ¿Con cuánto abre la partida?

—¿Y quién me asegura que no va a contarme usted alguna invención?

—¿Olvida usted que fui yo quien vio entrar a Oswald en el cine?

—¿Fue usted, señorita, quien le vendió la entrada?

—¿Con cuánto abre usted la partida, amigo? Si sigue así no sacaré nada de mí.

—¿Qué me sugiere usted?

—Puede abrir con cuarenta mil dólares.

Le replico que no me interesa, por mucha importancia que tenga su testimonio. Me coge del brazo. Los tiempos son duros. Baja hasta veinte mil, e inicia una nueva información, para ver si pico.

—Oswald intentó entrar sin pagar. ¿Quiere usted saber lo que sigue?

—Muchas gracias. No acepto el trato.

Y me marché antes de verme comprometido en una transacción que en ningún caso ha de conducirnos a un acuerdo.

Johnny Brewer, veinticinco años, vendedor de zapatos, se encuentra a pocos metros del cine. De entrada me pidió cinco mil dólares. No se los di, por supuesto. Lo que me dijo carece de interés. Tampoco lo hubiera tenido si le hubiera pagado lo que exigía.

—He visto a Oswald esconderse en el vestíbulo de mi tienda. Parecía presa de un gran nerviosismo. Luego le vi entrar en el cine. Yo mismo le indiqué al agente Mac Donald dónde se había metido.

Después me voy a ver al agente Mac Donald. Fue él quien detuvo a Lee Oswald.

—Estaba de servicio, con mi coche, en el barrio de Jefferson —me dice— cuando escuché la llamada por la radio. Consulté inmediatamente con Brewer, quien me indicó que un individuo como el descrito había pasado por allí. Tras unas gestiones, averigüé que se hallaba en el cine. Entré con otros dos policías e hice que apagasen las luces. En seguida vi a nuestro hombre en una de las primeras filas. Cuando me reconoció, in-

El ex general Walker, que había sido destituido por Kennedy debido a sus actividades propagandísticas de la extrema derecha. Walker odia a los negros y rechaza la integra-



tentó sacar un arma del bolsillo, pero le torcí el brazo para que no pudiera salirse con la suya. Sin embargo, logró su propósito, y me dio un culatazo y varios cabezazos. Pero en seguida se entregó, gritando: «Estoy listo».

ni héroe ni mártir

Sobre estos datos, ¿a qué conclusiones llega el F. B. I.? ¿Qué piensa la comisión Warren? Es evidente que desconfían. De aceptar los hechos, tal como están expuestos en la versión de la policía de Dallas, ¿no creen ustedes que ya se hubieran pronunciado en favor de tal tesis? Si no lo hacen así, si prolongan la investigación, si mantienen a Marina Oswald apartada de todo contacto, si estiman absurda la decisión del Tribunal de Dallas de dar por clausurado el caso Kennedy tan precipitadamente —y qué sospechosa resulta esta premura—, si vigilan estrechamente a los testigos fundamentales, es que no quieren dejar sin respuesta tantas incoherencias, tantas contradicciones, tantas y tan fundadas preguntas como suscitan los mil cabos sueltos que, a mi entender, no han sabido anudar a tiempo los que

ción. La mirada del negro es, en la foto, bien elocuente.



Walker durante su conferencia. Por sus ademanes y su actitud altanera, revela que quiere imitar al general De Gaulle. Su argumentación es irracionalista: no quiere a los negros «porque son negros».

prepararon el complot, si es que hubo complot, lo que, por mi parte, creo firmemente.

No es mi intención convertir a Oswald en un héroe o en un mártir. Pero no tuvo ocasión de defenderse y los cargos no están probados, ni mucho menos. Seguro que, en los próximos meses, se clarificará algo este complejo caso aunque quizá nunca, por obvias razones, se nos llegue a decir la verdad.

walker, extremista de derechas

El día del asesinato del Presidente Kennedy, el principal periódico de Dallas —«Dallas Morning News»— publicó un recuadro a toda página en el cual, bajo el título de «Welcome Mr. Kennedy», se atacaba ferozmente al primer magistrado de la nación. Lo firmaba un tal Bernard Weissman. Realizada una investigación después de la tragedia se comprobó que Bernard Weissman no existe.

Pero en Dallas, casi todo el mundo cree que fue el general Walker quien se escondió tras el seudónimo.

Desde que el Presidente lo destituyera, Edwin Walker, máximo jefe según se cree de la «John Birch Society», organización de extrema derecha, se había convertido en su enemigo jurado.

He querido verle antes de abandonar Dallas. En seguida aceptó la entrevista, pero me propuso que antes de dialogar asistiera a una conferencia de prensa que daría al día siguiente.

Con tal motivo, en el gran salón del hotel Beker nos reunimos los informadores de la TV y yo. El general tomó asiento frente a nosotros. A su lado, sus guardaespaldas desplegaron una gran bandera americana.

—Soy completamente ajeno al asesinato —declaró—. Deploro la muerte del Presidente. Yo no estaba de acuerdo con su política, pero preciso para la historia que ni yo ni mi movimiento tenemos nada que ver con este crimen.

Lo que dijo después carece en absoluto de interés. La bomba que América esperaba se convirtió en un petardo mojado.

duerme al auditorio

Walker se viste de una manera rebuscada, queriendo seguir la moda europea. Tiene demasiada fe en su físico. Alguien debió convencerle en su juventud de que era muy atractivo, y sobre esta hipótesis basa toda su actuación.

Pero el hombre a quien los negros temen, el acérrimo enemigo de todo cuanto huele a liberal o progresista, el más sudista entre los sudistas, no tiene nada de orador. Carece de voz y de elocuencia. Aburre. El auditorio —por qué no decirlo— se duerme cuando él habla.

Después de la conferencia, salí con él a la calle. Nos seguían de cerca sus fieles «gorilas». En la primera esquina, varios negros esperaban la llegada del autobús. Le pedí a Walker que les diera la mano, para tomar una foto.

—Antes la muerte... —me replicó, con no disimulado enojo.

—¿Qué tiene usted contra los negros?

—Nada... Que son negros.

Nos dispusimos a cruzar la calle, pero en aquel momento cambiaba el semáforo a rojo. Yo me quedé en la acera. Sin embargo, el general se precipitó en la calzada. El guardia, al reconocerle, hizo detener la circulación rodada y le acompañó personalmente hasta la otra acera.

En un minuto, el general Walker había quedado retratado, tal como es.

Más tarde, en su despacho, pude percatarme, por sus ademanes y su altanería y sobre todo por la manera de jugar con sus gafas, de que trata de imitar al general De Gaulle. Pero es sólo su caricatura.

—¿Es usted el jefe de la «Birch Society»? —le pregunto de improviso.

(Termina en la pág. 66)

—No soy más que uno de sus ciento cincuenta mil afiliados.

El general Walker no posee un programa político concreto. Sus objetivos principales son dos: vencer al comunismo y no integrar a los negros. Ambos representan para él una auténtica obsesión.

Pésimo orador, como ya he escrito, hombre de gran pobreza ideológica, cuya «doctrina» sólo se compone de «antis», algo debe tener, sin embargo, para arrastrar tras de sí a tanta gente. ¿Quiénes son sus seguidores? En mi encuesta he llegado a la conclusión de que su movimiento se halla integrado por comerciantes tejanos y fanáticos antinegros; las gentes que han heredado el resentimiento causado por la guerra de Secesión.

un clown

Pero, aun en Tejas, aun dentro del mismo Dallas, no todos aprueban el estilo, la táctica y los fines políticos del general. Como claro ejemplo de ello, pasará a la historia el clamoroso recibimiento dispensado a Kennedy. He tenido ocasión de hablar con muchos sudistas, con muchos hombres y mujeres de Dallas.

—Walker es un clown; hace mucho ruido pero no romperá nada —me dijeron unos.

—Walker no sabe lo que quiere. Nunca llegará a ser Presidente —opinaron otros.

—Walker es un blando, un fanfarrón que no tiene más que fachada. Se desinflará en seguida —me comentaron los más.

—Walker odia a los negros... y los negros odian a Walker. En esta pugna lleva las de perder, porque está contra la historia —me aseguró un interlocutor de color.

El jefe de la extrema derecha americana no quiere, sin embargo, que se le asimile al fascismo alemán o italiano. Ante la opinión pública trata de mantener una actitud cien por cien americanista. «América lo es todo para mí», suele declarar. Por mi parte sospecho que él sabe muy bien que, indirectamente, es el responsable de la muerte del Presidente.

y termina la encuesta

Mi encuesta finaliza. Han sido estos días, duros, de incansable trabajo, de riesgos difícilmente sortados, de negativas en redondo, de centenares de dólares repartidos aquí y allá, en busca de los datos que permiten establecer, al menos, una hipótesis verosímil. Más verosímil que la proporcionada por la policía de Dallas —lo que, por otra parte, no es nada complicado— y que se acerque a la realidad el máximo posible.

Si se me pidiera que resumiese en una serie de conclusiones los resultados de mi investigación, formularía las siguientes:

Primera: La ventana del quinto piso de la «Dallas School» no era el lugar más adecuado para efectuar los disparos contra el Presidente Kennedy, pues un árbol cubre treinta y cinco metros del campo de tiro. Luego es más probable que el asesino ejecutase el crimen desde la ventana del sexto, sobre una perspectiva completamente despejada.

Segunda: Oswald no podía saber, cuando adquirió su fusil, ni cuando realizó el viaje a Méjico para solicitar un visado soviético, que Kennedy iría a Dallas, ni mucho menos el itinerario que recorrería dentro de la ciudad, que sólo fue hecho públicamente pocos días antes de la llegada del Presidente.

Tercera: El testimonio de Marina Oswald reviste escaso valor, puesto que vivía separada de su marido desde hace tiempo.

Cuarta: No se ha podido probar que Oswald asesinara a Tippit.

Quinta: ¿Por qué la policía de Dallas se hallaba en disposición, muy poco tiempo después del magnicidio, de facilitar a la prensa mundial la fotografía de Oswald y toda clase de detalles sobre su pasado?

Sexta: ¿Por qué la policía enfocó su actuación, inmediatamente, hacia Oswald y dejó al margen a todos cuantos se encontraban en aquel momento en la «Dallas School»?

Séptima: No están nada claros los pasos del agente Tippit en los minutos que siguieron al crimen. ¿Por qué se hallaba tan alejado en aquel momento del lugar del crimen, y por qué intentó detener a Oswald cuando aún no se centraban en él las sospechas?

A través de esta serie de constataciones y de preguntas sin respuesta se llega a un resultado estremecedor, ya apuntado a lo largo de nuestros reportajes: **EL PRESIDENTE KENNEDY FUE VÍCTIMA DE UN COM-PLOT, ORGANIZADO POR GENTES RELACIONADAS DE ALGUN MODO CON LOS CIRCULOS POLITICOS PREDOMINANTES EN DALLAS.**

¿Quién disparó? ¿Qué vínculos unían al asesino con la policía? Estas son preguntas que acaso nadie pueda responder nunca.

FIN

ALAIN AYACHE

REQUIEM PARA LUIS MARTIN SANTOS

EL escritor Luis Martín Santos ha muerto en un trágico accidente de automóvil. Su muerte abre un enorme vacío en la nueva literatura. (Lo abre también en el corazón de quienes tuvimos la suerte de conocerle y disfrutar de su buena amistad.)

Martín Santos había nacido en África del Norte en 1924. Era psiquiatra y ejercía esta profesión en San Sebastián. Aparte sus trabajos científicos —«Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental» y «Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial», había publicado una novela: «Tiempo de silencio» (Barcelona, 1962) y alguna narración breve. En nuestro Gran Concurso de Narraciones, concretamente, ha publicado un extraordinario cuento titulado «Tauromequia». Con su muerte, deja interrumpido una segunda novela.

No cabe obra literaria cuantitativamente más reducida. Y, sin embargo, no creemos exagerada nuestra afirmación de que en la nueva literatura ha quedado abierto un enorme vacío. ¿Por qué? «Tiempo de silencio» es —por la hondura de su contenido y por su forma brillante y original— una de las novelas españolas más importantes de los últimos años. Más allá de particularidades y diferencias de estilo, puede ponerse a la altura de las mejores. Acaso en comparación con éstas presente alguna deficiencia en cuanto a su estructura novelesca propiamente dicha. Pero sobre todas ellas es superior en este punto: su densidad intelectual, su capacidad para expresar la vida humana en toda su complejidad y riqueza, lo que resulta desacomodado y siempre excepcional en la novelística española contemporánea. A «Tiempo de silencio» le fue negado, en su día, un premio literario —un bien modesto premio provinciano—. Pero no importó eso para nada. «Tiempo de silencio» no lo necesitaba. Su publicación —sin premio alguno, a cuerpo limpio— ocasionó, de inmediato, un impacto muy profundo. Y ese impacto se produjo espontáneamente, sin la participación de todo ese aparato propagandístico que se pone en marcha cuando interesa el «lanzamiento» —con fines a menudo no sólo comerciales— de un libro, de un autor. Fuimos pocos, pues, los críticos que desde el primer momento saludamos abiertamente esta novela. Pero tampoco todo esto importaba demasiado. El lector sabe escoger por sí mismo. El éxito de «Tiempo de silencio» en España no pudo ser más limpio, más auténtico. Ahora, la novela ha sido publicada en Holanda y, como nuestros lectores saben, porque de ello hemos dado noticia en estas páginas, en Francia; y en ambos países con un éxito semejante.

Para mí, la importancia fundamental de «Tiempo de silencio», así como también de las narraciones breves que conozco de Martín Santos —entre ellas, «Tauromequia», reside sobre todo en que, por su forma y por su contenido, esta novela y estas narraciones breves —escribió muy pocas, porque no le tentaba este género— vienen a romper con una cierta monotonía naturalista que padece la nueva narrativa española, y que habrá de superar, que ya está superando. Cuando leí «Tiempo de silencio» —no conocía todavía a su autor— me llamó sobre todo la atención en esta novela las posibilidades que contenía para abrir un nuevo camino narrativo. «Tiempo de silencio» era una obra muy personal, y esas posibilidades —esbozadas, insinuadas— sólo podrá desarrollarlas por el momento el propio autor. Cuando conocí a Luis Martín Santos comprendí que estaba lo suficientemente dotado y que tenía la suficiente vocación literaria para hacerlo. Con el flujo verbal, la brillantez y la gracia personal que le caracterizaban, me explicó entonces su propia teoría estética. Hombre racionalista, no apoyó su quehacer literario exclusivamente sobre la intuición; ésta descansaba en una previa comprensión intelectual de todos los fenómenos. No escribía porque sí, el buen tuntún. Por el contrario, escribía sabiendo muy concretamente lo que quería escribir; escribía a partir de una teoría estética personal. La cual era rigurosa, y al mismo tiempo, flexible, abierta, henchida de posibilidades. Consistió principalmente en superar el realismo social de cuño naturalista para llegar a un «realismo dialéctico». Esto era sólo, claro está, una idea matriz. Junto a ella, completándola, ampliándola, había una serie de conceptos altamente originales, elaborados a partir de una sólida cultura y una seria y ejemplar preocupación literaria. No llegó Martín Santos a desarrollar en un libro su propia teoría, de manera orgánica y totalizadora. Esta ha quedado dispersa en conversaciones, en cartas, en artículos esporádicos y en ocasionales —y siempre brillantes— intervenciones públicas. Yo le insistí varias veces en que debía recoger todo aquello, reelaborarlo, organizarlo, construyendo así un edificio teórico. No le interesaba por el momento. Por el momento estaba embarcado en su segunda novela, de la cual, la última vez que le vi —con ocasión de unos coloquios literarios, hace escasamente unos meses— me habló con entusiasmo.

La muerte —siempre «desatenta», como tan acertadamente la calificaría Miguel Hernández— ha interrumpido la vida de un hombre excepcional y de una obra literaria de alcance insospechado. Por eso, al mismo tiempo que en la intimidad lloro la muerte de un amigo y rindo homenaje a esta amistad tan breve pero de tan alta calidad, quiero dejar constancia en estas páginas de la grave pérdida que todos sufrimos. La muerte de los hombres de talla —y Luis Martín Santos lo era sin lugar a dudas— nos deja siempre un poco huérfanos; nos quita algo que forma parte de nosotros mismos: esa confianza que les habíamos otorgado, porque eran los mejores; ese saber que estaban con nosotros por lo mismo que estábamos con ellos. Pero hay algo que la muerte no suele arrebatarnos: su obra, la obra de los mejores, que es de ellos y es nuestra, que los justifica y nos justifica, en una relación dialéctica en que los dos términos se necesitan y complementan. Esa obra es a veces una guía segura, una luz que enriquece nuestra conciencia; es a veces también una bandera. Pero en el caso de Luis Martín Santos, su muerte es trágica y —yo lo diría de este modo— también irritante. Porque no ha tenido tiempo de hacer su obra, porque apenas ha podido empezarla. Y todo eso que ya no podrá escribir y que podía haber escrito, todo eso que la muerte ha yugulado al mismo tiempo que su vida, queda en nuestra conciencia como un motivo de constante indignación. Importantes para repararla, hemos de presenciar esta clamorosa injusticia en la que no hay culpables ni puede haber castigo. Sólo hay víctimas: él y nosotros.

FERNANDO MOLINERO